

1

Domingo, 17 de septiembre

Día uno

En lo alto de las escaleras, el pasillo estaba casi totalmente ocupado por un grupo de adolescentes tumbados contra las paredes laterales con las piernas estiradas. Llevaban anoraks negros y la misma expresión en el rostro: perdida, dura, aburrida. Antes de doblar el recodo Emma oyó sus voces que reverberaban en las baldosas. En cuanto los chicos la vieron, la conversación se detuvo.

—Por favor —dijo Emma con amabilidad.

Con suma lentitud apartaron los pies, apenas el espacio suficiente para dejarle paso. Tuvo que cruzar justo por el medio del grupo, notando las miradas clavadas en ella en todo momento. Siguieron observándola en silencio mientras descendía con dificultad por los escalones, con el cochecito de paseo, Ritchie y todas las bolsas.

Se alegró al llegar a la parte inferior de la escalera y luego doblar la esquina. El andén del metro estaba desierto y la iluminación era escasa. Emma miró a su espalda, los chicos no la habían seguido.

—¿Bien, Rich? —Aliviada, se agachó junto a la sillita. Por regla general no era una persona que se pusiera nerviosa, pero, como estaba con el pequeño, deseaba que el tren llegara pronto.

Ritchie, un robusto y regordete niño de trece meses, había empezado a lloriquear y empujaba su barriga hacia fuera mientras se frotaba los ojos con las manos cerradas.

—¿Cansado, eh? —Emma meneó la sillita—. Pronto estaremos en casa.

También ella estaba cansada. Había sido un largo día, cruzando todo Londres para llegar al East End. Por la mañana Emma sintió unas ganas desesperadas de salir a la calle, de no quedarse en el piso; no podía soportar la idea de darse otra vuelta hasta Hammer-smith Broadway o North End Road. De modo que habían pasado el día de paseo: deambulando por los puestos del mercado de Spital-fields, comprando unos pantalones y camisetas para Ritchie, y entrando en una bulliciosa y pequeña cafetería a tomar café y bollos, y un tarro de Banana Surprise. Luego, tras coger un autobús hasta Mile End, habían ido a caminar por el Regent's Canal para mirar los cisnes y las largas barcazas con sus tiestos pintados. Pero cuando empezó a hacer frío, fue hora de marcharse a casa. En la penumbra, el canal revelaba una capa de suciedad verde, y un oxidado carro de supermercado sobresalía del agua. Le llevó bastante rato encontrar una estación de metro, y para entonces las bolsas de la compra parecían pesar el doble, dándole en las piernas mientras andaba. Fue un alivio localizar finalmente en la oscuridad el familiar círculo azul y rojo del Metro de Londres.

—Ma. —Ritchie se inclinaba hacia delante desde la sillita para tenderle su chupa-chups naranja. El pegajoso líquido goteaba por su manga.

—Oh, por el amor de Dios. —Emma empezaba a notar la amenaza de un dolor de cabeza—. Entonces, ¿por qué me lo has pedido?

Le quitó el chupa-chups y le limpió la cara y las manos con energía. Miró a su alrededor en busca de una papelería. Ninguna a la vista, por supuesto. Eran las siete y diez de la tarde de un domingo, por lo visto todo el mundo había acabado sus itinerarios del día y había vuelto a casa. Ni un alma por allí. Podría lanzar el chupa-chups a las vías, tanto daba. Al final, no obstante, lo envolvió con un pañuelo de papel y se lo metió en el bolso. En el muro del andén de enfrente, un anuncio de agua embotellada mostraba una estampa campestre. Árboles, agua, y paz.

Ritchie volvió a gemir, tirando de las correas.

—Vale, vale. —¿Qué mal podía haber en sacarlo del cochecito?

Mientras aflojaba las correas, un débil ruido estridente llegó del interior del túnel.

Había algo siniestro, pensaba siempre Emma, en el sonido de un tren acercándose a través de un túnel. La manera en que podías oírlo pero no verlo, tan sólo el traqueteo de las vías, por delante de esa cosa monstruosa, fuera lo que fuera, que estaba a punto de surgir de la oscuridad. Levantó rápidamente a Ritchie y lo dejó sobre el andén. Él también había oído el ruido y se había vuelto a mirar fijamente el túnel mientras la brisa levantaba la rubia pelusa de su cabeza. Emma agarró bien el arnés mientras se encorvaba para plegar el cochecito de paseo con la mano libre. El ruido resonó más fuerte, y Ritchie se apretó contra su pierna, cogiéndole los vaqueros con la mano cerrada. Aunque en aquel momento estaba distraída, luego Emma recordaría su aspecto: pequeño rostro redondo, ojos abiertos, su boca formando una O mientras observaba con asombro el túnel y esperaba la aparición del monstruo.

—A-hí —dijo impresionado cuando los faros iluminaron el túnel, soltando los pantalones de Emma para señalar. Los mugrientos vagones rojos, blancos y azules entraron con un rugido en la estación. El andén se llenó de chirridos y chasquidos, el tren redujo la marcha y se paró por fin. El estruendo del motor murió abruptamente, como un ventilador al apagarse.

Silencio.

Un segundo después, las puertas se abrieron con un zumbido.

—Ya puedes subir —dijo Emma.

Ritchie no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Emma lo colocó ante un vagón vacío, manteniendo bien tensa la correa del arnés y levantándolo un poco para ayudarle a subir a bordo. El pequeño entró apoyándose con esfuerzo en sus manos y rodillas, con el pañal asomando por la parte superior de sus pantalones llenos de bolsillos. Luego volvió a incorporarse en el umbral de la puerta, encantado consigo mismo.

—Ma —dijo volviéndose para saludarla con su mano regordeta.

Así es como lo vería la mayoría de veces en las siguientes semanas. Ahí de pie en la puerta con su sonrisita, mostrando los dientes, el flequillo torcido y su borreguillo azul con el elefante sonriente delante. No había nada diferente en él, nada que no hubiera visto un millar de veces antes. En la cabeza de Emma ningún susurro le advirtió que volviera a agarrarlo y sacarlo del vagón, que no volviera a soltarlo. Todavía saludaba cuando ella dejó el cochecito al lado del pequeño, antes de volverse para recoger las bolsas. Al agacharse, creyó notar algo en la otra mano: un leve tirón lateral de la correa que sujetaba, algo insignificante, nada más. Pero, haciendo memoria, algo extraño tuvo que haber, porque recordaba haber torcido el gesto. Antes incluso de poder enderezarse y mirar, supo que algo raro pasaba.

Zumbido.

Se giró en redondo y por un segundo le costó asimilar lo que estaba viendo. Sus pensamientos hacían zigzag. *¿Qué falta en esta foto?* Seguía sosteniendo en la mano la correa de Ritchie, pero la puerta del vagón se había cerrado.

Cerrada ante sus narices, y Ritchie estaba al otro lado.

—¡Jesús!

Dejando caer las bolsas, Emma saltó de un brinco hasta la puerta e intentó meter los dedos entre los bordes. Por la ventana veía la parte superior de la cabeza de Ritchie.

—Quédate ahí —gritó—, ya voy.

Oh, Dios, ¿cómo se abría la puerta? Durante un segundo, todo quedó emborronado. Luego encontró el botón de «Abrir» y lo apretó. No pasó nada. Volvió a darle con el dedo, más fuerte esta vez. Otra vez, nada. Empezó a golpear la puerta con los puños.

—¡Auxilio! —Miró como loca por el andén—. ¡Mi bebé se ha quedado atrapado!

Su voz se perdió hasta apagarse. El andén estaba desierto, sólo había losas de cemento, bancos de metal a lo largo de las paredes y los silenciosos túneles en cada extremo.

—Mierda. —Su corazón latía con fuerza, lo notó acelerado, alerta. Miró a su alrededor otra vez y en esta ocasión advirtió una caja roja en la pared con un panel de cristal delante: la alarma contra incendios. De forma instintiva, se estiró hacia allí, luego se detuvo. Para llegar a la alarma tendría que soltar la correa de Ritchie. Titubeó, incapaz de hacer algo que conllevara perder el contacto con su hijo, ni siquiera un segundo.

—Auxilio —gritó de nuevo, esta vez con más fuerza—. Que alguien me ayude.

Sin duda alguien tendría que oírla, estaba en un lugar público, por el amor de Dios, se encontraba en medio de Londres.

Algo se le ocurrió entonces. El tren no se había movido, las puertas parecían llevar una eternidad cerradas, pero el tren seguía ahí quieto.

—Sabén que estamos aquí. —Suspiró con alivio, por supuesto. El tren no podría ponerse en marcha con la correa atrapada en la puerta. El conductor podría verla por un espejo o una cámara o algo. Alguien aparecería en cualquier minuto para echar una mano. Permaneció ahí de pie esperando, sin saber qué más hacer. No pasa nada, se dijo a sí misma, todo va bien.

Volvió a mirar para controlar a Ritchie y entonces dio un brinco. *¿Qué había sido eso?* ¿Ese movimiento, en el otro extremo del vagón?

Había alguien ahí. Había alguien ahí con Ritchie.

Emma sintió una sacudida de inquietud. Sin duda el vagón estaba vacío antes, ¿o no? Escudriñó ansiosamente para descubrir quién era, sin alcanzar a ver con claridad a causa de la barandilla. Luego la persona volvió a moverse y se acercó más a la ventana, entonces vio que era una mujer.

La mujer se estaba inclinando hacia delante en el pasillo, asomándose con cautela para mirar por el cristal. Aparentaba más años que Emma, tal vez casi la edad de su madre, rubia y bien arreglada. Parecía sensata, parecía preocupada.

Parecía... normal.

Emma respiró otra vez.

—Mi bebé —gritó, intentando sonreír. Señaló a Ritchie—. Mi bebé está atrapado.

La mujer se llevó la mano a la boca, con una expresión de horror en el rostro. La expresión decía: *¿Qué debo hacer?*

—Abra la puerta —indicó Emma con la mano que tenía libre—, busque la alarma y púlsela.

La mujer hizo un gesto de asentimiento, retrocedió un paso y empezó a mirar por arriba de la puerta, luego a todo su alrededor.

Cristo, vaya día. Sintiendo debilidad, Emma apoyó la frente en la ventana y bajó la vista hacia Ritchie. Estaba sentado en el suelo, de espaldas a ella, tirando de la cremallera de su borreguillo. Sólo alcanzaba a ver la parte superior de su cabeza. Vaya situación estúpida en la que se había metido. Era tan agotador ser madre, no podías relajarte, no podías apartar la mirada ni siquiera un segundo. Seguramente acabaría riéndose de todo aquello con la mujer cuando las puertas se abrieran y Emma subiera y pusiera de nuevo a Ritchie a salvo sobre su rodilla.

—Ha ido de poco —diría la mujer, pensando tal vez lo negligente que era Emma, pero mostrándose amable.

—Lo sé. Desearía tener ojos detrás de la cabeza—. Y Emma sonreiría, luego estrecharía a Ritchie contra ella y se daría media vuelta. Y volverían a estar ellos dos solos, como siempre había sido.

Ya podía notar a Ritchie sobre su rodilla, su peso compacto, el aroma a manzana del champú del pelo. En su cabeza todo volvía a la normalidad. Pasaron un par de segundos antes de que se percatara de que la puertas del vagón seguían sin abrirse.

Frunció el ceño y alzó la vista.

En ese mismo instante, el tren soltó un sonoro silbido.

El autocontrol de Emma se esfumó.

—¡Auxilio! —Golpeó como loca el cristal—. Por favor, el tren se va a poner en marcha.

La mujer había regresado junto a la ventana y movía los labios para que los leyera.

—*Iente. Ada.*

—¿Qué?

—*Iente. Ada.*

La mujer gesticulaba con vigor, señalando a Emma, luego hacia delante de ella, túnel adentro.

—¿Qué? —Emma observaba dominada por la confusión. Negó violentamente con la cabeza para que la mujer supiera que no entendía.

El tren soltó un segundo silbido.

Y entonces dio una sacudida.

—¡No! —Emma agarró la correa de Ritchie y gritó, fue un agudo grito de terror—. ¡Por favor! ¡Alto!

El tren se desplazó ante ella, y Emma se puso a seguirlo. Casi sin darse cuenta, estaba trotando.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Un segundo después ya estaba corriendo. Así de fácil. En un instante el tren no se movía lo más mínimo y al siguiente se lanzaba directo por el túnel. Emma se echó a la carrera para no tener que soltar la correa, y sus oídos se llenaron de ruido. Por delante, las barreras estaban repletas de letreros: «¡Peligro! ¡Alto!» Los letreros se abalanzaban sobre ella, pero no podía parar, no tenía claro si su mano estaba enredada en la correa o si era ella que la agarraba con fuerza, pero sabía que no iba a soltarla. Y tenía las barreras delante. Oh, Jesús. Oh, Jesús.

Algo la cogió por el brazo y la detuvo con tal brusquedad que Emma se giró de golpe en redondo. Notó una sensación abrasadora en la mano por el tirón de la correa, una atroz torcedura en el dedo al desengancharse la cinta, luego de repente la correa ya no estaba ahí. Dio un traspie, giró un poco más y aterrizó con dureza de rodillas. El ruido aumentó mientras el tren llenaba el túnel, generando un rugido hueco que regresaba hasta ella, un aullido animal de dolor, angustia e ira.

Y luego desapareció.

Silencio.

Ritchie, pensó Emma, en medio de una bruma de horror. Se encontraba a cuatro patas en un extremo del andén con la cabeza casi tocando la maraña de letteros y barreras. *Ritchie no está conmigo, no está aquí. No está.*

Se sintió enferma, iba a desmayarse. Notó unos pinchazos en torno a la boca y las manos medio dormidas.

¿Qué había dicho la mujer?

Iente. Ada.

Siguiente parada.

Emma se puso en pie a duras penas, pasando por alto el dolor en la mano y las rodillas. Por raro que pareciera, había un hombre agachado, justo detrás de ella. Emma no se detuvo a preguntarse de quién se trataba, echó a correr por el andén buscando frenéticamente el indicador que mostrara cuánto faltaba para el próximo tren.

A continuación el hombre apareció de pie a su lado, corriendo hacia atrás para verle la cara.

—¡Eh! —gritó—. ¿A qué cree que jugaba? ¿Por qué no se soltaba?

Emma no le hizo caso. El indicador, oh, Dios, ¿dónde estaba?

—¿No me ha oído? —El hombre siguió moviéndose para colocarse intencionadamente ante ella y obligarla a detenerse.

—Por favor... —Emma intentó agacharse y esquivarle.

—Podría haberse matado. —El hombre, más alto, se inclinaba sobre ella bloqueándole el paso. Su rostro era una mancha, lo único que ella reconocía era el pelo oscuro y una prenda azul—. Si no llega a ser por mí, estaría bajo el tren. Todo por un puñetero... ¿Qué era? ¿Algún bolso de diseño?

—No era un bolso —le gritó Emma—. Era mi hijo.

—¿Qué?

—¡Mi bebé! —Se lo gritó a la cara—. Mibebé, mibebémibebé-mibebé. —Su voz se quebró y se llevó las manos a la boca.

—Coño. —El rostro del hombre se quedó blanco.

Emma soltó un largo lamento sollozante, luego lo esquivó para seguir en busca del indicador. Entre los puntos que nublaban su visión, vio el panel. Próximo tren: un minuto. Su respiración jadeante llenaba sus oídos. Un minuto. Un minuto.

—Coño. —Era el hombre, de nuevo a su lado—. Voy a pulsar el botón de alarma.

—¡No! —Ella se giró en redondo para mirarle—. ¡No lo haga!

—¿Qué?

—Tengo que llegar a la siguiente estación. —Emma hizo un esfuerzo por hablar con claridad, por hacerle entender—. Iba una mujer en el tren. Va a bajar con Ritchie allí.

—¿Una mujer? ¿Está segura?

Emma notó la tensión alrededor de sus ojos. Visualizó los labios de la mujer, moviéndose en torno a las palabras: Lente ada. *Siguiente parada*. Eso quería decir, ¿verdad que sí?

Un traqueteo sobre las vías, una brisa le agitó el pelo por encima de la cara. Se volvió hacia el túnel.

—¿Por qué esa mujer no pulsó la alarma? —preguntó el hombre.

Emma se mordió el labio. Oh, Dios, tren, ven. Por favor. Por favor. Vamos.

El hombre dijo.

—Mire, la verdad pienso que...

—No, mire usted —se volvió al hombre casi ladrando—. Sé que intenta ayudar, pero, por favor, deje la alarma en paz. Detendrá los trenes, y sólo quiero recoger a Ritchie en la siguiente estación, de modo que por favor, váyase, ya está. ¡Y déjeme en paz!

El tren había llegado para entonces. Emma subió en cuanto se abrieron las puertas y continuó moviéndose, caminando aceleradamente hasta el extremo del vagón, como si al hacerlo pudiera acercarse más a Ritchie.

Un último grito del hombre.

—¡Eh! —Indicaba algo—. ¿Es ésta su...?

Y entonces las puertas se cerraron.

En el tren, Emma permaneció balanceándose de pie junto a la ventana, casi la tocaba con la nariz. El túnel convirtió la ventana en un espejo, vio su propia cara pálida, como una mancha, alargada y distorsionada sobre el vidrio. Había más gente en el vagón, pero nunca se fijó en quiénes eran.

—Vamos, vamos —susurró. Era un tormento tener que limitarse a estar ahí y esperar. Notaba una necesidad física, anhelante, de tener otra vez a Ritchie con ella, una sensación de pánico como si no fuera a conseguir suficiente oxígeno hasta que pudiera olerle. Se imaginó en la siguiente estación, cogiéndole en brazos y apretando el rostro contra la curva aterciopelada del cuello de su hijo.

La voz del hombre.

¿Por qué no ha pulsado el botón de alarma?

Algo vació los pulmones de Emma. Intentó respirar, pero no entró nada.

Supongamos que llegaba a la próxima estación y Ritchie no se encontrara ahí.

No. No. No lo pienses. Por supuesto que estará ahí. La mujer tenía buen aspecto. ¿Qué otra cosa podía hacer que bajarlo del tren? Era lo lógico. Había dicho: *Siguiente parada*. Lo había dicho. Emma volvió a imaginarse junto a Ritchie, su cuerpo regordete y cálido, su olor. Le escocieron los ojos. Vaya porquería de madre había sido para él. No sólo hoy, sino cada día, desde que había nacido. Se merecía otra cosa mejor. Se llevó la mano a la boca para aplacar el dolor, tragándose las lágrimas y la culpa. Le compensaría, claro que sí. En el siguiente minuto, menos de un minuto. ¿Cuánto podía tardar el tren? ¿Cuándo se acabaría el túnel? ¿Cuándo dejaría de ver su propio rostro en la ventana vería en su lugar el andén y a Ritchie?

Pero ¿y si no estaba allí?

El túnel se desvaneció. El rostro de Emma fue reemplazado por el exterior: cielo azul marino, muros de ladrillos, vías convergentes. Luego ya estaban en la estación: luces, andenes y carteles. *Clonk-clonk*. El tren aminoró la marcha, Emma sacudió la cabeza de un

lado a otro, inspeccionando el andén, con aquella opresión en los pulmones, que tenían problemas para llenarse de aire a causa del agobio. Había una mujer en un asiento con un bebé y... era su bebé, era Ritchie, era su mujer. Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios, iba a desfallecer. Consiguió sostenerse en pie hasta que el tren se detuvo y las puertas se abrieron, luego salió corriendo y voló hasta el banco. Ritchie estaba sentado —bastante indiferente— sobre la rodilla de la mujer, mordisqueándose la manga, y la mujer la miraba a ella y sonreía. Mientras Emma los alcanzaba, la mujer se puso en pie, levantando a Ritchie ante ella como un regalo. Emma lo cogió y lo besó en las mejillas, frente y orejas, estrechando con fuerza su cabeza liviana contra su cuello. Le apretujó contra ella hasta que ninguno de los dos pudo respirar, y repitió lloriqueando su nombre una y otra vez sobre un lado de su rostro sedoso.